



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Buenos Aires

A

## Reseñas

Autor:

Revista:

Anales de Historia Antigua y Medieval

1972 - 17 Vol II, pag. 259 - 269



Artículo



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL  
Repositorio Institucional de la Facultad  
de Filosofía y Letras, UBA

## R E S E Ñ A S

DELLA CORTE, FRANCESCO: *La presenza classica; letterature classiche e moderne comparate*, Genova, Hermanos Bozzi, 1971, 314 p. Cab. port.: Francesco Della Corte. Bibliografía: p. 265-310.

Esta es una obra de estilo muy claro y presentación perfecta que totaliza siete capítulos. La bibliografía, que abarca cuarenta y cinco páginas presenta igual división conteniendo textos de los autores mencionados en el trabajo y los de otros autores que tratan sobre ellos. En el prólogo se explica que el encontrar una fuente clásica en un autor moderno es fácil, lo importante es mostrar como ella se ha transformado en parte del mundo poético del escritor y qué función tiene en la elaboración literaria de la nueva obra. "...Sólo los escritores que hayan reelaborado en modo original y fantástico la tradición clásica, tienen derecho de ser mencionados en esta comparación entre la literatura antigua y moderna".

El primer capítulo se llama "El medioevo" donde se puntualiza que la actitud humanística de la segunda mitad del siglo XIV y de todo el XV, tuvo precedentes en Juliano el Apóstata, Carlomagno y otros personajes menores como Cola di Rienzo. "Erroneamente al período cultural del reino de Carlomagno se le da el nombre de renacimiento carolingio o de pre-humanismo". Es necesario limitar el sentido de estos términos pues aplicarlos "a la sociedad feudal y eclesiástica de Carlomagno, significa perder de vista la perspectiva histórica, el feudalismo no es un renacer, es una restauración...". El Sacro Imperio sería un retorno no a Augusto pero sí a Constantino". Al renacimiento carolingio se debe la recopilación de muchos autores clásicos, de lo contrario los humanistas habrían tenido poco que descubrir en los monasterios durante los siglos XIV y XV.

Al tratar a Dante dice que su concepción de la ultratumba viene de Virgilio y lo califica como "el poeta que mejor entendió cómo la verdadera vitalidad del latín está en el mensaje de sus poetas y no en las restauraciones frías de una lengua muerta". Sobre Petrarca opina que su amor por el clasicismo tuvo visos políticos pues veía a Roma como capital de Europa, sede del imperio y roca de la fe católica. "Establece con los antiguos una suerte de comunión fraterna...", remontándose a Cicerón, Séneca, Varrón, Tito Livio, Quintiliano y otros.

Boccaccio fue mucho más medieval que Petrarca pues si bien se apoyó en la literatura clásica, también lo hizo en los romances medievales. Su discípulo fue el inglés Godofredo Chaucer aunque la diferencia es que Boccaccio no trataba bien a las mujeres, en cambio el segundo escribía en una Europa nórdica que creía en el caballero con un único deber, "servir en silencio o temerariamente a la mujer amada". La cultura de Chaucer era amplia pero cuando Italia terminaba el medioevo, Francia e Inglaterra continuaban cultivando historias de amores cortesanos.

“Siglo XV” es el título del segundo capítulo que menciona la importancia de la búsqueda de los códices, la actitud filohelénica que ello trajo aparejado y posteriormente desarrollada en el romanticismo. Fija cuales fueron las principales características del humanismo, perfectamente fundamentadas en conceptos precisos y de claridad meridiana. Puntualiza que el movimiento tuvo en Italia tres centros: Roma, Nápoles y Florencia. En la primera, interesó más la arqueología que la literatura creativa. En Napolés, Lorenzo Valla, quien realizó la pericia filológica sobre el documento atribuido a Constantino, vivió los diez años más fecundos de su vida. El humanismo florentino adquirió “ambiciones de enciclopedismo y de universalismo”. Asimismo debatían la cuestión si se debía escribir en latín o en romance, exponiendo el caso de Alberti que lo hacía de las dos maneras. Della Corte analiza la obra de Angel Poliziano quien a su juicio fue el mejor representante del gusto y la tendencia del humanismo florentino.

El tema del tercer capítulo es el siglo XVI. El renacimiento en la primera mitad del siglo, en Italia, dio lugar al movimiento por el cual se creyó que la excelencia del pasado se podía emular con obras creativas y las características del primer período, que termina con el Concilio de Trento, se hallan condensadas en la obra de Pedro Bembo. De los escritores políticos toma a Maquiavelo para comentar “El discurso sobre la primera Década de Tito Livio”, “Discursos” y someramente “El Príncipe”.

Muy interesante el ítem quince que se refiere a las discusiones en torno a “Poética” ya surgida con Francisco Robortello y Jerónimo Fracastoro quien “quiso conciliar la definición aristotélica del arte con la teoría platónica de la belleza y el amor”. Al referirse al teatro del renacimiento, expone que Italia ya en el siglo XV poseyó representaciones de comedias de Plauto, Terencio, Séneca, Aristófanes, en lengua popular pero en verso y en el 1500 “se ambientó a la sociedad de la época”. Comenta después la obra de Pedro Arentino.

El humanismo poético francés, plasmado en la brigada de los siete autores llamada “Pléyade”, afirmaba la necesidad de “una poesía nueva cuyos valores fuesen superiores a los de la poesía medieval”. Ronsard, por ejemplo tuvo delante suyo sólo al clasicismo. En la prosa, Miguel de Montaigne, ya sea con “Ensayos”, o con “Viajes por Italia”, “dio a Francia los tesoros que había tomado directamente de los clásicos”. Su padre, que había estado en Italia con Francisco I, era tan entusiasta de la romanidad que le había hecho aprender latín como si fuese la lengua materna.

Para el autor, a Erasmo no sólo puede considerársele como discípulo de Valla, sino como quien defendió “la lengua de los otros clásicos y no exclusivamente la de Cicerón”. Tales aseveraciones, Della Corte las efectúa apoyándose, en este caso y en muchos otros de la presente obra, en citas bibliográficas que cumplen perfectamente su fin.

En España, el humanismo dio su primer fruto con Juan Luis Vives y un imitador de Ovidio habría sido Luis Barahona de Soto. Menciona a varios escritores, entre los cuales figura Antonio de Guevara quien escribiendo una obra sobre Marco Aurelio finge haber hallado un manuscrito del emperador que le sirve de base para discutir sobre su vida. Entre los portugueses comenta la obra de Luis Vaz de Camões.

El cuarto capítulo se titula "Siglo XVII", su primer ítem se refiere al barroco. "Para marcar cual fue la importancia de la tradición clásica en la literatura del 1600, bastará recordar que la obra máxima del barroco italiano es «Adonis» de Marino donde se hallan siempre presentes como fuentes primarias, Ovidio (como autor de «Metamorfosis»), seguido de Virgilio, Teócrito y otros". Figuran además Gabriel Chiabrera y Carlo de Dottori.

"Fábula de Polifemo y Galatea" de Góngora inició la nueva manera poética española que tomó del autor su nombre. Expone las razones esgrimidas por los opositores del llamado hoy gongorismo, al cual calificaban de "poesía erudita" y tampoco falta la comparación entre Marino y Góngora. En Francia, hubo un movimiento análogo, el "preciosismo", menciona a varios autores que buscaron la belleza en el refinamiento de las imágenes y expresiones. Se ocupa del movimiento llamado "giansenismo", debido a Giansenius quien "repone con el pensamiento agustino también la teoría de la predestinación".

Luego compara a Corneille y Racine, manifestando que éste introdujo aquello que al teatro le faltaba, "...el mundo clásico para Corneille era un mundo perfecto... sin dudas ni sombras...". Racine entendió "que faltaba hacer comprender al público que el mundo clásico tenía aún cosas inquietantes que decir y que el mejor medio para introducir nuevas ideas era el teatro". Sumamente precisa es la exposición efectuada sobre la llamada "querrela entre los antiguos y modernos" iniciadas a fines del siglo XVII y aún no acabó.

Della Corte puntualiza que en tanto el gongorismo, por ejemplo se mantuvo lejos del teatro, en Inglaterra, que ese estilo del seiscientos tomó el nombre de eufuismo, triunfó en la escena con la argucia del diálogo, sobre todo con John Lyly. Posteriormente analiza minuciosamente varias obras de Shakespeare, "...sus héroes romanos hablaban como señores de su tiempo y nunca la romanidad fue así actualizada por otro poeta como con Shakespeare...". De Milton dice que la Biblia lo inspiró para "El Paraíso perdido", pero en su juventud escribió poemas sobre "modelos de Virgilio y Ovidio". En política hizo suyos los ideales democráticos griegos pues estaba convencido que ellos podían encarnarse en el Parlamento lo cual con el retorno de los Estuardos quedó truncaído.

Al finalizar el capítulo analiza el valor del teatro español, entre otros aspectos, para el romanticismo y a varios autores italianos que compartieron, entre fines del 1500 y principios del 1600, el interés por Tácito, quién, en oposición a Maquiavelo, fue el clásico que mejor lo refutaba pues demostró que aquellos que no obedecían a principios éticos, hicieron mal y terminaron peor.

Al comenzar el capítulo cinco, "El siglo XVIII", menciona las características del iluminismo en Francia, Italia y Alemania. Interesante es la exposición sobre el movimiento llamado "Arcadia" que tuvo como máximos exponentes a Parini y Mestasio cuyas obras comenta.

A mediados del siglo XVIII surgió una extraña y variada polémica, iniciada por Bettinelli, sobre quien fue mejor entre Homero y Virgilio.

Della Corte trata las obras de Alfieri y las posturas de los enciclopedistas para pasar luego a analizar la resonancia obtenida en Inglaterra por la "querrela" donde entre otros, se destacaron Bentley, Swift y

Temple, quien sostuvo “que de la batalla entre antiguos y modernos los primeros eran victoriosos, pero se establecía una tregua donde no había ni vencedores ni vencidos”. A Winckelmann lo califica “como un nuevo teórico del arte griego, no sólo por su contribución a la comprensión del antiguo arte figurativo, sino porque ha influido sobre la formación de un gusto neoclásico que inundó a Europa”. El autor marca las diferencias entre Goethe y Wieland en sus concepciones sobre lo humano y lo divino; para el primero el héroe era siempre una personificación del titanismo y para el segundo un hombre al cual la vida le había dado más que a otros. Goethe fue un representante de “tiempos nuevos” cuyo “titanismo era un incentivo para nuevas creaciones”. En “Ifigenia en Táuride”, Goethe abandonó la imitación del teatro isabelino para retornar al griego, lo que suscitó escándalo pues sus contemporáneos no comprendieron “que bajo la pátina de la imitación a Eurípides los personajes eran idealmente hermanos de Macbeth y de Hamlet”.

El siglo XIX, que es el tema del capítulo seis, contiene en su primera parte conceptos sobre el neoclasicismo italiano y a autores de la época del “risorgimento”. Comenta entre otras, obras de Foscolo, Leopardi y Mazzini. Puntualiza que la producción literaria, por ejemplo de Francia y Alemania, aún inspirándose en la romanidad, tiene un sentido antiromano, donde los héroes son Vercingetorix o Arminio.

En Inglaterra hubo una fuerte simpatía por Grecia que en ese momento luchaba por su independencia contra los turcos. Entre los poetas que sustentaban esas ideas sobresalió Shelley. Señala la postura de Benjamín de Rebecque y luego las obras de Macaulay.

Después de dedicarse a los poetas de la llamada “Italia Unida”, analiza la producción de Nietzsche quien abandonó la filología para dedicarse plenamente a la filosofía, “...fue el más interesado entre todos los pensadores, en establecer la verdadera relación entre el mundo moderno y el antiguo”.

Gautier, de Lisle y Baudelaire participaron del movimiento, inspirado en los clásicos, surgido en Francia, que se llamó “Parnesiano”.

“Ben Hur” y “Quo vadis” de Wallace y Sienkiewicz respectivamente, tuvieron como único mérito el de servir de base para dos films colosales de Hollywood.

El último capítulo comienza con un comentario sobre la situación política hasta después de la segunda guerra. “Si después de la primera guerra mundial se notó un aflojamiento de los estudios clásicos frente a la avanzada de los estudios modernos y entre los literarios frente a los científicos, en buena parte se debe a la derrota de Alemania, que del binomio Atenas-Roma había hecho una idea fija”. “...El caso típico es Spengler cuya obra «Decadencia de Occidente» se publicó en 1916 pero se difundió sobre todo durante la república de Weimar”. Menciona a varios autores alemanes y franceses. Entre los primeros a Brecht, autor de “Los negocios del señor Julio César”, entre los segundos a Gide, Valéry y Giraudoux. El filohelenismo inglés de la edad victoriana tuvo su último representante en Mooer para el cual “el mundo clásico fue el último refugio y el modo de poner en escena a los grandes del siglo ático”.

En la literatura eslava también se desarrollaron temas del mundo clásico a través de Merezhovsky, Brjusov y Ante Tréšić Pavičić.

Señala Della Corte que en un estudio como el suyo no podía faltar Quasimodo que ha “demostrado que la poesía antigua no debe ser filtrada por experiencias de retórica ni académicas sino que con ella debe tomarse contacto directamente”. En la conclusión expone que actualmente las ciencias correspondientes dirigen su búsqueda hacia pueblos verdaderamente primitivos y no “hacia pueblos ya cultos como el griego y romano”.

“...Lo que sucederá en el futuro lo ignoramos pero por ahora la historia de la literatura europea debe tenerse en cuenta con textos griegos y latinos si se quiere comprender algo de la preparación cultural de varios siglos de literatura de toda Europa”.

NOEMÍ LUCILA VIÑUELA

*Paston Letters and Papers of the Fifteenth Century*. Part I. Edited by Norman Davis. Oxford, Clarendon Press, 1971, 670 págs.

A pesar del interés anticuario que a través del tiempo ha suscitado la colección de cartas y documentos escritos y recibidos por tres generaciones de miembros de la familia Paston, de Norfolk, no existía hasta ahora una cuidada edición crítica, completa y accesible. Si bien han circulado numerosas selecciones, ninguna de ellas —a excepción de la publicada por The Clarendon Medieval and Tudor Series (1958)— se basaba en los manuscritos, pues reeditaban las ediciones que ofrecieran John Fenn (1787-9) y James Gairdner. Este, sólo en la edición de 1872-5 introdujo parcialmente nuevo material basado en los manuscritos, y en las ediciones de 1901 y 1904 utilizó textos de las cartas que J. Fenn había impreso en 1787-9, por considerar innecesario realizar una nueva elaboración de ellos.

Los manuscritos estuvieron en posesión de la familia hasta poco antes de que muriese el último representante de ella, William Paston, segundo conde de Yarmouth (1732) luego se dispersaron y fueron adquiridos por varios anticuarios y eventualmente por John Fenn. Complicados cambios de fortuna impidieron que las cartas y documentos sobrevivientes pudiesen ser reunidos y editados en su totalidad. En su Introducción, al analizar detallada y críticamente las ediciones anteriores, Norman Davis señala las vicisitudes por las que atravesaron los manuscritos, indicando en qué repositorios se encuentran en la actualidad, incluso, en qué circunstancias fueron adquiridos. Es de destacar que en el British Museum se encuentra el cuerpo más importante de los manuscritos, algunos de los cuales habían pertenecido a J. Fenn. Otro grupo se encuentra en Oxford, en la Bodleian y en el Magdalena College. En la Pierpont Morgan Library, Nueva York, hay diversos documentos que se relacionan directamente con los Paston. Un pequeño grupo de cartas está contenido en un volumen dado al Pembroke College de Cambridge. Demostrando su deseo de precisión, Norman Davis menciona la existencia de dos cartas, actualmente en Belvoir Castle.

A diferencia de las ediciones anteriores, el editor ha preferido quebrar la secuencia cronológica general de los documentos para ubicar juntos los textos sobrevivientes de cada autor. La totalidad de las cartas y documentos se editarán en una serie de tres volúmenes. La primer

parte, *The Paston Letters and Papers of the Fifteenth Century*, contiene las cartas escritas por miembros de la familia, o en nombre de ellos, pero incluye también documentos legales o cuasi-legales tales como *leases*, *inventories*, *wills*, *petitions*, *memorandums*, o *indentures* porque proporcionan al conjunto importante información complementaria. Anticipa que la segunda parte de la obra contendrá cartas escritas a los Paston por correspondientes que no pertenecen a la familia, e incluirá también otros documentos que proporcionarán información adicional. Mientras que la tercera parte contendrá notas sobre las personas y acontecimientos, alguna discusión acerca del idioma, textos de algunos documentos que no tuvieron cabida dentro de las primeras dos partes, un glosario e índices.

Norman Davis completa su estudio introductorio con relevante información acerca de la familia Paston, una síntesis biográfica de cada uno de sus miembros y un cuadro cronológico que registra sucintamente datos referentes a la familia, asuntos públicos y acontecimientos literarios.

Pero quizás lo más meritorio de esta edición sea que N. D., buscando un mayor perfeccionamiento, no se haya basado en las ediciones anteriores —incompletas e inexactas— sino que, utilizando los más modernos métodos técnicos de investigación, haya logrado presentar las fuentes con la máxima fidelidad y exactitud, posibilitando de este modo la realización de nuevos estudios acerca del estado de la lengua inglesa precisamente en una época en que su uso se había generalizado en los testimonios escritos. Los textos conservan la grafía (*spelling*) de los manuscritos, y para facilitar la lectura ha introducido puntuación y modernizado la utilización de las mayúsculas. No menos importante es el hecho de que presente un cuadro de Autores y Servidores (*clerks*), lo cual implica la realización de minuciosos estudios paleográficos comparativos para determinar las particularidades del *handwriting* de cada redactor, proceso que se complicaba aún más pues a menudo quienes firmaban las cartas no las habían escrito, inclusive era común que varias personas escribiesen las cartas de un solo miembro de los Paston. Además la obra cuenta con una explicativa nota del editor y con una lista de abreviaturas. Las ilustraciones incluidas —una plancha en el frontispicio y doce al finalizar la obra— ejemplifican con extraordinaria nitidez las características de las distintas grafías y el estado de conservación de los documentos. Finalmente, en un mapa de las regiones de Norfolk y Suffolk se destacan los nombres de las residencias de los Paston.

El análisis de la obra ratifica ampliamente los propósitos que el editor enuncia en su estudio introductorio. Cada texto está precedido de notas especificativas de la naturaleza de cada documento, indicando la fecha, haciendo referencia a la ubicación del original en el repositorio que lo contiene, indicando las dimensiones del manuscrito, identificando —si puede hacerse— el *handwriting* del redactor, y presentando sucintamente la evidencia de la fecha establecida. También describe los rasgos esenciales del dorso de cada documento, especialmente determinando si es una misiva, un borrador o una copia. Numerosas notas facilitan la consulta de la obra al relacionar las distintas partes que la componen.

Indudablemente, el contenido de las *Paston Letters*, por ofrecer interesantes ejemplos acerca de la vida doméstica, económica, legislativa, política y religiosa del siglo XV inglés, justifican los esfuerzos dedicados por un editor de la talla de Norman Davis. En primera instancia, las

cartas responden a una perentoria necesidad de comunicación. En ese turbulento siglo XV era vital para los Paston estar informados. Es por eso que por los caminos muy poco seguros de la Inglaterra medieval viajaban —junto a muchas otras— noticias referentes a los cambios políticos y a la dinámica interna de la Corte (recordemos que los problemas dinásticos se veían acentuados por la rivalidad entre nobleza y monarquía, mientras continuaba la Guerra con Francia y la Guerra de las Dos Rosas dieztaba a la nobleza inglesa). Son numerosos los datos acerca de procedimientos legales que evidencian la parcialidad de la justicia inglesa y la utilización de algunos recursos —tal como el soborno— testimonian su vulnerabilidad. La impotencia de la justicia también se refleja a través de violentas ocupaciones de propiedades, que algunos miembros de la nobleza instigaban o llevaban a cabo contra los Paston u otros miembros de la *gentry inglesa*. Por eso Agnes Paston escribía a su hijo Edmond “I grete yow wel, and avyse yow to thynkke onis of the daie of yowre fadris counseyle to lerne the lawe; for he seyde manie tymis that ho so *euer* schuld dwelle at Paston schulde have nede to conne defende hym selfe”. (Nº 14, pág. 27). A menudo las cartas constatan la presencia de elementos revoltosos como escribía Margaret Paston a su marido, John Paston I “Pepyll of this contré begynnyth to wax wyld, and it is seyde her *pat* my lord of Clarans and the Dwek of Suthfolk and serteyn jwgys *wyth* hem (schold come down) and syt on syche pepyll as be noysyd ryotous in thys contré. [...] God for hys holy mercy geue grace that ther may be set a good rewyll and a sad in thys contré in hast, for I herd nevyr sey of so myche robry and manslawt in thys contré as is now-with-in a lytyll tyme”. (Nº 168, pág. 279).

Por otra parte, la escasez de dinero motivaba que John Paston I reiteradamente enviase precisas instrucciones a su mujer, hijos y servidores instándoles a lograr una más eficiente administración de sus propiedades a fin de obtener un mayor rendimiento. Algunas veces, las cartas nos sorprenden por la frialdad que demostraban los padres al separarse de sus hijos para ubicarlos en importantes casas del condado o en la Corte, a fin de que completasen su educación y tuviesen acceso a mejores oportunidades. Ya en otro nivel, las *Paston Letters* también nos ofrecen testimonios de que, a pesar del condicionamiento que sobre las relaciones humanas imponían las circunstancias y costumbres de la época —que, al menos entre la nobleza y los propietarios rurales, se inclinaban por las ventajas económico-sociales que proporcionaban los matrimonios de conveniencia— algunos de los Paston logran evadir el esquema: Margery y John Calle —un servidor de la familia— que, contra la expresa voluntad de los allegados, consiguen realizar un matrimonio de amor. Pero son especialmente interesantes las cartas de Margaret a John Paston I porque revelan la evolución de sus sentimientos, pues aun cuando estuvieron destinados a unirse porque realizaban un negocio beneficioso, con el transcurso del tiempo evidencian comprensión, solidaridad, confianza y afecto mutuos. “I pray yow —escribía Margaret a John en 1454— *pat* ye be not strange of wryting of letterys to me betwix pis and *pat* ye come hom; if I myght I wold haue euneryg day on from yow” (Nº 150, pág. 254). La ansiedad que reflejan estas palabras y que insistentemente se reiteran en cartas anteriores y posteriores responden, sin ninguna duda a un profundo afecto.



Quizás, el interés que despertaban los distintos asuntos que se comentaban y la trascendencia inmediata que tenían las noticias sobre la estabilidad familiar, económica, social y política de los Paston expliquen la actualidad de la correspondencia. Evidentemente, son cartas que forman parte de la historia social inglesa del período a la que proporcionan significativas explicaciones.

Y si a lo ya expuesto anteriormente agregamos que las *Paston Letters* constituyen la colección privada de mayor importancia de aquella época tardía; que reiteradamente mereció el interés de editores e investigadores, entre los cuales debemos mencionar especialmente el erudito aporte de H. S. Bennet con dos valiosas obras: *The Paston and their England* y *Six Medieval Men and Women*; que la publicación del presente trabajo estuviese prevista originariamente para la Early English Text Society, y que ulteriormente se haya acordado realizarla por una editorial de la envergadura de Clarendon Press; y finalmente porque nos brinda la posibilidad de un contacto directo con una valiosa fuente, es que aún puede tener vigencia aplicar a Norman Davis las gráficas palabras que Horace Walpole escribiese en 1784 a John Fenn: "It were a thousand pities they should not be published...".

CELIA TAICH DE ROTSTEIN

Instituto Español de Prehistoria del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Técnicas. Depto. de Prehistoria de la Universidad de Madrid.  
TRABAJOS DE PREHISTORIA. Vol. 27 (Nueva serie). 363 pp. Madrid, 1970.

El volumen que nos ocupa incluye en la primera parte trabajos de varios autores sobre la prehistoria y la arqueología de la Península Ibérica. De ellos merece destacarse el de Martín Almagro Gorbea (Las fechas del C-14 para la prehistoria y la arqueología peninsular. Pp. 9 a 43), en el cual el autor ha reunido con la excelente metodología que lo caracteriza, las fechas obtenidas por ese moderno sistema de datación, de diversas muestras obtenidas en España y Portugal, y de otras provenientes de las Islas Baleares y de las Canarias. Esta síntesis de datos permite una visión de conjunto sobre un tema que hasta ahora era de difícil consulta por encontrarse inéditas o publicadas en revistas poco conocidas.

Los datos reunidos se refieren a 94 muestras que provienen de distintos yacimientos que abarcan por regiones: el Paleolítico, el Mesolítico, el Neolítico antiguo, el Neolítico II, del Bronce, las esculturas Megalíticas Occidental y Vasca, Bronce II, Hierro, Cultura Balear, y de las Islas Canarias. Dos cuadros sintetizan con gran claridad la cronología prehistórica peninsular obtenida por el método y agrega al trabajo una completa bibliografía sobre esas fechas.

En la "conclusión" resume la nueva visión que aportan las fechas C-14 para la cronología de la P.I, que, como el autor acota, deben aceptarse con ciertas reservas, pues el conjunto de muestras fechadas no es suficientemente completo como para poder aventurar una segura cronología, a lo que cabe agregar que algunos datos obtenidos no concuerdan con los logrados mediante otros métodos tradicionales y considerados como seguros. Es muy posible que ello se deba a contaminaciones o a determinaciones equivocadas.

Sea como fuere, si bien es aún aventurado fijar la cronología prehistórica de la P.I sobre la base de tan escuetos datos, es evidente que el intento del

doctor Almagro aporta interesantes conocimientos para una metódica elaboración de la misma en esa importante región del continente europeo.

Continúa esta primera parte del volumen con un excelente artículo de M. Almagro, R. Fryxell, H. Irwin y M. Serna (Avance de la investigación arqueológica, geocronológica y ecológica de la cueva de la Carigüela, Piñar, Granada, pp. 45 a 60), en el que la misión hispanoamericana informa acerca de los resultados obtenidos en la primera campaña de excavaciones en esa cueva, cuyo principal objetivo es el estudio de los diversos grupos culturales que habitaron ese refugio en tiempos pretéritos. Es interesante destacar la datación obtenida en restos humanos mediante análisis fluorínicos, cuyas fechas son consideradas como resultados preliminares hasta que se pueda verificar su contemporaneidad con los niveles en que aparecieron.

Desde la página 61 hasta la 96, acompañado de excelentes ilustraciones hay un trabajo de Javier Forter Pérez (La Cueva de la Palica, Serroso, Antas). Avance al estudio del Epipaleolítico de esta región europea, tema sobre el cual está el autor dedicando sus afanes investigativos, dado que, como el mismo autor informa en sus conclusiones, el S.E. español debió ser un punto clave en la evolución de las industrias del Paleolítico Medio y superior de la Península. Es interesante que Forter Pérez complete la evolución industrial paleolítica de la zona Murcia-Almería, cuya promesa de desarrollo nos adelanta para un trabajo futuro.

Cristóbal Veny (pág. 97 a 168) nos adelanta un trabajo parcial y provisional sobre un estudio definitivo que tiene en preparación sobre la estación arqueológica de *Cales Cores* (Menorca). La descripción de la industria obtenida en 25 cuevas da una idea, de la excelencia del trabajo llevado a cabo por este infatigable investigador, quien no duda en asignar que la estación de Cales Cores fue una inmensa necrópolis que comenzó a utilizarse a mediados del siglo IX y duró hasta la época romana.

Continúa el volumen con una descripción del ídolo encontrado hace años por el doctor Manuel Camps Clemente (M. Almagro, El ídolo de Puig, Pelegri, Lérida. Pp. 169 a 176) que el autor la atribuye a una época avanzada del Bronce Medio.

Juan Perron nos ofrece de la página 177 a la 190, con ilustraciones, el desciframiento de una inscripción en caracteres fenicios pintada en un jarro cinerario de alabastro, procedente de la necrópolis de incineración, descubierta en 1963 en la ladera del Cerro de San Cristóbal, cerca de Almuñécar (la inscripción cartaginesa, pintada en la urna cineraria de Almuñécar) y María Josefa Almagro Gorbea nos describe de la página 191 a 200 una pieza ritual perteneciente al Museo de Ibiza y no conocida en la literatura científica (un quemaperfumes en bronce del Museo Arqueológico de Ibiza).

Esta primera parte del volumen finaliza con un trabajo de Mariano del Amo de la Hera (La cerámica Campaniense de importación y las imitaciones Campanienses en Ibiza; pp. 201 a 206), en el que el autor se refiere acerca del ámbito de las producciones campanienses y la aparición de otras formas que han enriquecido las tablas tradicionales tipológicas.

Pero la calidad del trabajo está dada, sin duda alguna, en la presentación, de producciones locales de imitación, que es donde se manifiesta una mayor complejidad y variedad de tipos y el gran influjo que ejerció en el mareo geográfico de la Roma Republicana hasta que se impuso la cerámica sigillata.

A continuación describe una serie de piezas de distintos tipos concluyendo que los yacimientos cerca de Ibiza demuestran que esta metrópolis estuvo cons-

tantemente abierta desde su fundación, al intercambio cultural con pueblos orientales.

Finaliza esta publicación con una "Crónica Científica" sobre temas de especial interés, un "Noticiero Arqueológico" con trabajos breves pero de gran interés para los especialistas, y una excelente y actualizada reseña bibliográfica.

Para terminar, sólo nos resta felicitar al Instituto Español de Prehistoria por obsequiar a los estudiosos, con la seriedad científica que les es bien reconocida, otra fuente de conocimientos en estas disciplinas. Deseamos vivamente que ahonde sus esfuerzos en procura de su necesaria continuidad.

JUAN I. BENITO